

Por la autora de *Alguien está mintiendo*

KAREN M. McMANUS

LAZOS DE SANGRE

LA FAMILIA
SIEMPRE ES
LO PRIMERO



Milly, Aubrey y Jonah Story son primos, pero casi no se conocen. Su familia se rompió cuando su abuela desheredó a sus hijos. Pero, de pronto, la abuela Mildred los invita a pasar el verano en su complejo turístico y, con el paso de los días, los tres primos irán notando cosas extrañas que no acaban de encajar.

Todas las familias tienen secretos. ¿Serán capaces de descubrir el oscuro pasado de la familia Story?

Índice

1. Milly

2. Aubrey

3. Jonah

4. Milly

Allison, 18 años. Junio de 1996

5. Aubrey

6. Jonah

7. Milly

8. Aubrey

Allison, 18 años. Junio de 1996

9. Jonah

10. Milly

11. Aubrey

Allison, 18 años. Julio de 1996

12. Jonah

13. Milly

14. Aubrey

15. Jonah

Allison, 18 años. Julio de 1996

16. Milly

17. Aubrey

18. Jonah

19. Milly

Allison, 18 años. Agosto de 1996

20. Aubrey

21. Jonah

22. Milly

23. Aubrey

24. Jonah

Allison, 18 años. Agosto de 1996

25. Aubrey

26. Milly

Epílogo. Jonah cinco meses más tarde

Agradecimientos

Para Lynne

CAPÍTULO UNO

MILLY

Llego tarde a cenar otra vez, pero hoy no tengo yo la culpa. Un machito condescendiente me acaba de cortar el paso.

–¿Mildred? Es nombre de abuela. Y ni siquiera de abuela enrollada.

Lo dice como si se creyera muy listo. Como si en mis diecisiete años de vida nadie se hubiera dado cuenta de que mi nombre no es precisamente un clásico que vuelve a estar de moda. Tenía que venir un banquero de inversión de Wall Street con el pelo engominado y un anillo en el meñique a facilitarme ese pequeño análisis sociológico.

Apuro los restos de mi agua con gas.

–De hecho, me llamo así por mi abuela –digo.

Estoy en un restaurante del centro de la ciudad a las seis en punto de una lluviosa tarde de abril y hago lo posible por mezclarme con los oficinistas que vienen a tomar un cubata al salir del trabajo. Es un juegucito que mis amigas y yo practicamos a veces; vamos a bares restaurantes para no tener que preocuparnos por si nos piden el carné en la puerta. Nos ponemos nuestros vestidos más discretos y cargamos un pelín las tintas con el maquillaje. Pedimos agua con gas y una rodaja de lima –«en un vaso pequeño, por favor, no tengo mucha sed»– y nos la bebemos de un trago hasta dejar cuatro gotas. Entonces esperamos a que alguien nos invite a una copa.

Casi siempre hay alguien que pica.

El tío del anillo en el meñique sonrío y su dentadura brilla casi fluorescente bajo la tenue luz. Debe de tomarse muy en serio su rutina de blanqueamiento dental.

—Me gusta. Resulta chocante en una mujer tan joven y guapa. —Se arrima un poco más y me llega el tufo de un agua de colonia tan fuerte que casi me entra dolor de cabeza—. Tienes un aspecto muy interesante. ¿De dónde eres?

Buf. Es un poquitín mejor que la pregunta «¿eres de fuera?» con la que me entran a veces, pero sigue siendo un asco.

—De Nueva York —respondo con retintín—. ¿Y tú?

—Me refiero a tu país de procedencia —aclara.

En ese momento, doy la conversación por terminada. Ya estoy harta.

—De Nueva York —repito, y me bajo del taburete. Me alegro de que no me haya abordado hasta que estuviera a punto de marcharme, porque tomar un cóctel antes de cenar tampoco era la mejor idea del mundo. Capto la mirada de mi amiga Chloe, que está en la otra punta del local, y le hago un gesto de despedida, pero, antes de que pueda escapar, el tío del anillo en el meñique levanta el vaso como para brindar conmigo.

—¿Te puedo invitar a otra ronda de eso que estás bebiendo?

—No, gracias. He quedado.

Retrocede con el ceño fruncido. Muy fruncido. Tanto como si se hubiera saltado la última sesión de bótox. También tiene colgajos en la cara y patas de gallo. Es demasiado mayor para tirarme los tejos y lo seguiría siendo aunque yo fuera la universitaria por la que me hago pasar a veces.

—Y entonces ¿por qué me haces perder el tiempo? —gruñe, y su mirada ya revolotea por encima de mi hombro.

A Chloe le gusta el juego de los oficinistas porque dice que los chicos del instituto son unos inmaduros. Y tiene ra-

zón. Pero a veces pienso que más nos valdría ignorar hasta qué punto pueden todavía empeorar.

Pesco el gajo de lima de mi bebida y lo exprimo. No le apunto a los ojos directamente, pero me siento una pizca decepcionada cuando el zumo solo le salpica el cuello de la camisa.

–Perdón –digo con dulzura. Dejo caer la lima en el vaso y lo devuelvo a la barra–. Normalmente no te habría dirigido la palabra. Pero está muy oscuro aquí dentro. Cuando te has acercado, te he confundido con mi padre.

Ya le gustaría. Mi padre es mucho más guapo y, además, no es un pervertido. El señor Anillo en el Meñique abre la boca de par en par, pero lo empujo con el cuerpo y salgo del local antes de que pueda replicar.

El restaurante al que me dirijo está al otro lado de la calle, y la encargada sonrío cuando cruzo la puerta.

–¿La puedo ayudar en algo?

–He quedado con una persona para cenar. ¿Tiene una mesa reservada a nombre de Allison?

Mira el libro de reservas que tiene delante, y una arruga muy leve se dibuja en su frente.

–No veo a ninguna...

–¿Story-Takahashi? –pruebo. El divorcio de mis padres fue inusualmente amistoso, y la prueba A es que mi madre sigue usando ambos apellidos. «Bueno, es que tú todavía te apellidas así», dijo hace cuatro años, cuando acababan de divorciarse, «y me he acostumbrado a usarlo».

El ceño de la encargada se acentúa.

–Tampoco lo veo.

–¿Solo Story entonces? –apunto–. ¿Como «historia» en inglés?

Su frente se alisa.

–¡Ah! Sí, aquí está. Sígame.

Echa mano de dos cartas y sortea las mesas cubiertas con manteles blancos hasta llegar a una esquinera con banco corrido. La pared está forrada de espejos, y la mu-

jer que ocupa la mesa toma una copa de vino blanco a la vez que observa su reflejo con disimulo y se atusa el moño oscuro para alisar pelos sueltos que solo ella ve.

Me dejo caer en el asiento que tiene delante mientras la encargada nos coloca delante las enormes cartas.

–Así que ¿esta noche eres Story? –le pregunto.

Mi madre espera a que la encargada se haya marchado para responder.

–No me apetecía tener que repetir mi apellido –suspira, y yo enarco una ceja. Normalmente, mi madre se toma fatal que la gente reaccione como si el apellido japonés de mi padre fuera impronunciable.

–¿Por qué? –pregunto, aunque sé que no me lo dirá. Antes de llegar a eso, hay múltiples niveles de crítica a Milly que superar.

Deja la copa en la mesa, y las diez pulseras de oro o más que lleva en la muñeca tintinean con el movimiento. Mi madre es vicepresidenta de relaciones públicas de una marca de joyería, y lucir los básicos de cada temporada es uno de los beneficios adicionales de su cargo. Me mira de arriba abajo y no se le escapan ni el maquillaje más cargado de lo habitual ni el vestido de tubo azul marino.

–¿De dónde vienes tan elegante?

Del bar de enfrente.

–De una movida de la galería con Chloe –miento. La madre de Chloe es dueña de una galería de arte del centro, y nuestro grupo de amigas pasa mucho tiempo allí. Supuestamente.

Mi madre coge de nuevo la copa. Toma un sorbo, vuelve los ojos un instante hacia el espejo, se toquetera el pelo. Cuando lo lleva suelto se le derrama sobre los hombros en ondas oscuras, pero, como siempre me dice, su cabello perdió la suavidad a raíz del embarazo, y ahora su melena tiene una textura áspera. Estoy segura de que nunca me lo ha perdonado.

–Pensaba que estabas estudiando para los finales.

–Estaba. Hace un rato.

Sus nudillos palidecen en torno a la copa, y yo espero lo que viene ahora.

Milly, no puedes terminar el penúltimo año de instituto con una media inferior a notable. Estás a un paso de la mediocridad, y tu padre y yo hemos invertido demasiado en ti como para que desperdicies como si nada la oportunidad que te hemos brindado.

Si la música me interesara lo más mínimo, formaría un grupo llamado A un Paso de la Mediocridad en honor a la advertencia favorita de mi madre. Llevo tres años escuchando una u otra versión del mismo rollo. La Academia Prescott escupe alumnos de élite en serie como una especie de fábrica de sangre azul, y mi madre tiene la desgracia de que yo siempre haya estado firmemente instalada en la mitad inferior del montón.

Sin embargo, no hay sermón esta vez. En lugar de eso, mi madre alarga la mano libre para propinar unas palmaditas en la mía. Con movimientos rígidos, como si fuera una marioneta manejada por un titiritero inexperto.

–Pues estás muy guapa.

Me pongo a la defensiva al instante. Ya era raro que mi madre quisiera quedar conmigo para cenar, pero nunca me hace cumplidos. Ni me toca. Todo esto se me antoja de súbito el prelude de algo que preferiría no oír.

–¿Estás enferma? –le suelto—. ¿Lo está papá?

Ella parpadea y retira la mano.

–¿Qué dices? ¡No! ¿Por qué preguntas eso?

–Y entonces ¿por qué...?

Me interrumpo cuando un sonriente camarero aparece junto a la mesa y llena nuestras copas vertiendo agua de una jarra plateada.

–¿Ya están listas las señoras? ¿Quieren conocer los platos especiales del día?

Espío a mi madre a hurtadillas por encima de la carta mientras el camarero recita los platos. Está tensa, ya lo

creo que sí. Todavía sujeta con fuerza la copa de vino, que ahora está casi vacía, pero me doy cuenta de que me he equivocado al esperar malas noticias. Le brillan los ojos azul oscuro, y las comisuras de sus labios casi apuntan hacia arriba. Está ilusionada por algo, no asustada. Intento imaginar qué podría hacer feliz a mi madre aparte de que por arte de magia yo sacara tantas matrículas que me convirtiera en la mejor alumna de toda la Academia Prescott.

Dinero. Solo puede ser eso. La vida de mi madre gira en torno al dinero o, más concretamente, en torno al hecho de no tener suficiente. Mis padres tienen buenos trabajos, y mi padre, aunque se ha vuelto a casar, siempre ha sido generoso con la pensión alimenticia. Su nueva esposa, Surya, está en las antípodas de la típica madrastra malvada en todos los sentidos posibles, incluido el financiero. Nunca le ha echado en cara a mi madre los sustanciosos talones bancarios que él envía cada mes.

Pero un buen trabajo no es suficiente para vivir con holgura en Manhattan. Y este no es el nivel de vida con el que se crio mi madre.

Un ascenso laboral, deduzco. Tiene que ser eso. Y me parece una excelente noticia, si no fuera porque me va a recordar que se ha dejado la piel para conseguirlo y, ah, por cierto, ¿no podría yo esforzarme más literalmente en todo?

—Tomaré la ensalada César con pollo. Sin anchoas, el aliño aparte —dice mi madre a la vez que le tiende la carta al camarero sin llegar a mirarlo—. Y otra copa de Langlois-Chateau, por favor.

—Muy bien. ¿Y la señorita?

—Chuletón, poco hecho, y una patata asada grande —le pido. Por qué no aprovechar la encerrona para cenar por todo lo alto.

Cuando el camarero se marcha, mi madre apura el vaso de vino y yo bebo un trago de agua. Ya tengo la vejiga

a tope por culpa del agua con gas del bar, y estoy a punto de levantarme para ir al baño cuando mi madre dice:

–Hoy he recibido una carta la mar de interesante.

Allá vamos.

–¿Sí? –Espero. Como no continúa, la azuzo–: ¿De qué?

–De quién –me corrige como de costumbre. Repasa con los dedos la base de la copa y las comisuras de sus labios ascienden un poquitín más–. De tu abuela.

La miro con perplejidad.

–¿De Baba?

No me explico por qué razón la noticia merece tanta ceremonia. Es verdad que mi abuela no se pone en contacto con mi madre a menudo, pero tampoco es tan raro. Baba es de esas personas aficionadas a reenviar los artículos que han leído a cualquiera que en su opinión pueda estar interesado, y todavía le envía material a mi madre, incluso después del divorcio.

–No. De tu otra abuela.

–¿Qué? –Ahora no entiendo nada–. ¿Has recibido una carta de... Mildred?

No tengo un diminutivo para la madre de mi madre. No la llamo «abuela», «mimi», «nana» ni nada, porque no la conozco.

–Sí.

El camarero vuelve con el vino de mi madre, y ella bebe un largo trago, como si le hiciera falta. Yo sigo sentada en silencio, incapaz de asimilar lo que acaba de decirme. La sombra de mi abuela materna era muy larga en mi infancia, pero más como una especie de hada madrina que como una persona de verdad: la viuda rica de Abraham Story, cuyo trastatarabuelo o algo así llegó en el Mayflower. Mis antepasados son más interesantes que cualquier libro de historia: la familia hizo fortuna con la pesca de ballenas, lo perdió casi todo en acciones del ferrocarril y finalmente dilapidó lo que quedaba en comprar propieda-

des en una isla de mala muerte en la costa de Massachusetts.

La isla de Gull Cove era un refugio de artistas y hippies que poca gente conocía hasta que Abraham Story lo convirtió en lo que es hoy día: un lugar donde ricos y famosos de medio pelo gastan dinero a espuestas para fingir que reconectan con la naturaleza.

Mi madre y sus tres hermanos se criaron en una inmensa finca situada en primera línea de playa llamada Catmint House. Allí montaban a caballo y asistían a fiestas de gala como si fueran la princesa y los príncipes de la isla de Gull Cove. Hay una foto sobre la chimenea de mi casa en la que aparece mi madre a los dieciocho años saliendo de una limusina para asistir a la Gala de Verano que sus padres organizaban cada año en su complejo turístico. Lleva un moño alto, un vestido de noche blanco y una preciosa gargantilla con diamantes en forma de lágrima. Mildred le regaló ese collar a mi madre cuando cumplió diecisiete años, y yo siempre había pensado que mi madre me lo ofrecería a su vez cuando yo llegara a esa edad.

No lo ha hecho. Aunque ella nunca lo lleva.

Mi abuelo murió cuando mi madre estaba en el último curso del instituto. Dos años más tarde, Mildred desheredó a sus hijos. Los repudió tanto financiera como personalmente, sin dar ninguna explicación excepto la carta de una sola línea que les envió dos semanas antes de Navidad a través de su abogado, un hombre llamado Donald Camden que conocía a mi madre y a sus hermanos de toda la vida:

Ya sabéis lo que hicisteis.

Mi madre siempre ha insistido en que no tiene la menor idea de qué quiso decir Mildred. «Los cuatro nos volvimos... egoístas, supongo –me decía–. Todos estábamos en la universidad en aquel entonces, dando comienzo a

nuestras vidas. Madre se sentía sola tras el fallecimiento de padre y siempre nos estaba suplicando que la visitáramos. Pero nosotros no le hacíamos caso». Así llamaba a sus padres, «madre» y «padre», como la protagonista de una novela victoriana. «Ninguno de los tres volvió a casa por Acción de Gracias ese año. Teníamos otros planes. Se puso furiosa, pero...». Mi madre siempre adoptaba una expresión pensativa y ausente al llegar a esa parte. «Fue algo insignificante... En absoluto imperdonable».

De no haber creado Abraham Story fideicomisos para la educación de mi madre y sus hermanos, no habrían podido graduarse en la universidad. Una vez que lo hicieron, no obstante, tuvieron que valerse por sí mismos. Al principio intentaron recuperar el contacto con Mildred de manera regular. Persiguieron a Donald Camden, que se contentaba con enviarles un correo electrónico de vez en cuando, en el que reiteraba la decisión de su madre. La invitaron a sus bodas y le comunicaron el nacimiento de sus hijos. Incluso viajaban por turnos a la isla de Gull Cove, donde todavía residía mi abuela, pero ella nunca los veía ni hablaba con ellos. Yo solía pensar que un día ella entraría en mi casa como una reina, envuelta en abrigos de pieles y diamantes, y anunciaría que había venido a buscar a su tocaya, que era yo. Me llevaría a una tienda de juguetes y me dejaría comprarme todo lo que quisiera y luego me entregaría un saco rebotante de dinero para que se lo llevara a mis padres.

Estoy casi segura de que mi madre albergaba la misma fantasía. ¿Por qué razón si no le endilgarías a tu hija un nombre como Mildred en pleno siglo XXI? Pero mi abuela, con la ayuda de Donald Camden, cortaba de raíz cada uno de los acercamientos de sus hijos. Al final dejaron de intentarlo.

Mi madre me mira expectante y caigo en la cuenta de que está esperando una respuesta.

—¿Has recibido una carta de Mildred? —le pregunto.